



Prólogo

Leer para chuparse los dedos

Juan José Téllez

El asesinato es una de las bellas artes según Thomas de Quincey. Pero la gastronomía, también. Y ambas disciplinas artísticas se funden en “La mirada del asesino”, el relato de Ignacio Echeverría Ortíz de Zárate, bilbaíno como su propio nombre indica, que ha obtenido esta vez el premio convocado desde hace varios años por la Antigua Abacería de San Lorenzo de Sevilla. Se trata de una convocatoria literaria y culinaria ya ineludible en la que se puede y se debe leer para chuparse los dedos.

Se trata de una narración poderosa y medida en la que el autor demuestra cómo en un mismo espíritu puede convivir la exquisita sensibilidad que inspira a cualquier sibarita y la más abyecta de las crueldades, como la que encierra el atroz narcisismo de un crimen. Se trata de una obra conceptual a partes iguales, donde los ingredientes y sabores de los platos que se degusta a través de sus páginas, van parejos a la exquisitez de una sartén lingüística, rica en matices, larga en conocimiento sintáctico y muy medida en la confección de un plato equilibrado que nos conduce a un excelente sabor de boca hasta el final de su carta.

También nos brinda un menú consistente el poeta y narrador murciano Miguel Sánchez Robles, cuya obra es veterana y respetada, pero que aquí, con su relato “Salvación” que ha obtenido el segundo premio de este mismo certamen, adquiere un registro novedoso. Su mundo y sus formas se transfiguran, en un ejercicio de estilo que lo transforman en una mujer con un registro de habla americanos, que nos lleva a otros giros, a otras atmósferas, en un adecuado mestizaje con la realidad española donde hoy por hoy apostamos por un ensayo de la interculturalidad que ojalá no tuerzan intereses económicos, identitarios o simplemente xenófobos y racistas. Sin embargo, no se trata de un texto épico sino lírico, que nos habla de una geografía fieramente humana, la de la soledad interior, la de la insatisfacción, la de la ansiedad por un indefinido final feliz para nuestros días. Ahí, al menos en esta pieza narrativa, la posible tabla de salvación de nuestra vida cotidiana nos conduce directamente a la cocina.

Preparen sus cubiertos, dispongan sus servilletas, procuren no mancharse demasiado de sangre ni de angustia, pero muevan dichosamente el bigote al rebufo de unos textos ricos en envidia y tan audaces y bien presentados como los menús que les acompañan. Buen apetito y buen provecho.
